11 de junio

SAN BERNABÉ, APÓSTOL*

Memoria

— Corazón grande en el apostolado.

— Saber comprender para poder ayudar.

— Alegría y espíritu positivo en el apostolado con nuestros amigos.

I. Bernabé significa *hijo de la consolación*, y le fue impuesto por los Apóstoles como sobrenombre a José, levita y chipriota de nacimiento[1]. Su espíritu conciliador y su simpatía habrían inspirado este apelativo, según comenta San Juan Crisóstomo[2].

Después del martirio de Esteban y de la persecución posterior, algunos cristianos llegaron hasta Antioquía, adonde llevaron consigo su fe en Jesucristo. Al conocerse en Jerusalén las maravillas que operaba el Espíritu Santo, enviaron a Bernabé[3]. Su celo por la extensión del Reino le llevó a buscar los instrumentos idóneos para aquella ingente labor que se presentaba. Por eso se dirigió a Tarso, para buscar a Pablo, *y lo condujo a Antioquía. Estuvieron juntos en aquella Iglesia durante un año entero y adoctrinaron a una gran muchedumbre*[4]. Supo descubrir en el recién convertido aquellas cualidades que la gracia transformaría en el Apóstol de las gentes. Bernabé había sido el que presentó a Pablo a los Apóstoles en Jerusalén poco tiempo antes, cuando muchos cristianos recelaban de su antiguo perseguidor[5].

Con el Apóstol realizará el primer viaje misional, que tenía como objetivo la isla de Chipre[6]. Les acompañaba también Marcos, su primo, quien les abandonó a la mitad del camino, en Perge, y se volvió a Jerusalén. Cuando San Pablo proyectó el segundo gran viaje misional, Bernabé quería llevar de nuevo a Marcos, pero Pablo consideraba que *no debía llevar consigo al que se había apartado de ellos en Panfilia y no les había acompañado en la tarea*[7]. Esto produjo una disensión tan fuerte entre ambos que se separaron el uno del otro...[8].

Bernabé no dejó a un lado a su primo Marcos, quizá entonces muy joven,

después de aquella defección, en la que le fallaron las fuerzas. Supo reanimarlo y fortalecerlo, y hacer de él un gran evangelizador y un colaborador eficacísimo de San Pedro y del mismo San Pablo, con el que Bernabé siguió unido[9]. Más tarde demostrará Pablo para Marcos la mayor estima[10], «como si viera reflejarse en él la simpatía y los gratos recuerdos de Bernabé, el amigo de la juventud»[11].

San Bernabé nos invita hoy a tener *un corazón grande* en el apostolado, que nos llevará a no desanimarnos fácilmente ante los defectos y retrocesos de aquellos amigos o parientes que queremos llevar hasta el Señor, a no dejarlos a un lado cuando flaquean o quizá no responden a nuestras atenciones y a nuestra oración.

La posible falta de correspondencia, a veces aparente, ante nuestros desvelos ha de llevarnos a excedernos en tratar a nuestros amigos aún con más afecto, con una sonrisa más abierta, con más medios sobrenaturales.

II. *Id y proclamad que el reino de Dios está cerca. Curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, echad demonios...* Este mandato del Señor, que leemos en el Evangelio de la Misa[12], debe resonar en el corazón de todos los cristianos. Es el apostolado que ha de llevar a cabo cada uno personalmente en el lugar en el que se va desarrollando su vida: el pueblo, el barrio, la empresa, la Universidad... Encontraremos a *muertos*, que hemos de llevar al sacramento de la Penitencia para que recobren la vida sobrenatural; *enfermos*, que no pueden valerse por sí mismos y es preciso ayudar para que se acerquen a Cristo; *leprosos*, que quedarán limpios por la gracia a través de nuestra amistad; *endemoniados*, cuya curación nos exigirá una particular oración y penitencia...

Además de la constancia –no podemos olvidar que «las almas se mejoran con el tiempo»[13]– debemos tener en cuenta las diversas situaciones y circunstancias por las que atraviesan las personas que precisan nuestra ayuda. De San Bernabé se nos dice que era *un hombre bueno*, que mereció el sobrenombre de *hijo de la consolación*, que llevó la paz a muchos corazones. De su grandeza de corazón, manifestada en su generosidad y desprendimiento, nos hablan los *Hechos de los Apóstoles* en la primera noticia que de él tenemos: *tenía un campo, lo vendió, trajo*

el dinero y lo puso a los pies de los Apóstoles[14]. Así pudo seguir más libremente al Señor. Un alma generosa y desprendida está en condiciones de acoger a todos y de comprender el verdadero estado en que se encuentran las almas. Cuando alguien se siente comprendido es más fácil que se deje ayudar. La mejor arma del cristiano en el apostolado es precisamente esa actitud abierta, acogedora, que sabe hacerse cargo de la situación de los demás, apreciándolos de verdad, pues «nadie puede ser conocido sino en función de la amistad que se le tiene»[15].

Para comprender es preciso mirar a los demás en lo mucho que tienen de positivo, y ver sus fallos solo en un contexto de buenas cualidades, reales o posibles, y con el deseo de ayudarles. «Procuremos siempre mirar las virtudes y cosas buenas que viéremos en los otros, y tapar sus defectos con nuestros grandes pecados»[16], aconsejaba Santa Teresa de Jesús. Y San Bernardo exhortaba vivamente: «aunque vierais algo malo, no juzguéis al instante a vuestro prójimo, sino más bien excusadle en vuestro interior. Excusad la intención, si no podéis excusar la acción. Pensad que lo habrá hecho por ignorancia, o por sorpresa, o por desgracia. Si la cosa es tan clara que no podéis disimularla, aun entonces procurad creerlo así, y decid para vuestros adentros: la tentación habrá sido muy fuerte»[17].

Del Señor hemos de aprender a saber convivir con todos, a no tener demasiado en cuenta las faltas de correspondencia, de educación o de generosidad de quienes nos rodean, fruto muchas veces de su ignorancia, de su soledad o de su cansancio. El bien que pretendemos llevar a cabo está por encima de esas pequeñeces que, en la presencia de Dios, dejan de tener importancia. «Frecuentas el trato de ese compañero que apenas te da los buenos días..., y te cuesta.

»-Persevera y no le juzgues; tendrá "sus motivos", de la misma manera que tú alimentas los tuyos para encomendarle más cada jornada»[18]. Esos «motivos» nuestros que tienen su origen y su centro en el Sagrario.

III. *Tocad la citara para el Señor, // suenen los instrumentos: // con clarines y son de trompetas // aclamad al Rey y Señor...*[19].

Es posible que algunos cristianos, al ver el ambiente alejado de Dios y los modos de vida que adoptan muchos que quizá tendrían que ser ejemplares, se dejen llevar por un «celo amargo», tratando de hacer el bien pero con una continua lamentación del mal evidente, con frecuentes reproches a la sociedad, a quienes –según ellos– tendrían que tomar medidas drásticas para atajar esos males... No nos quiere el Señor así: Él dio su vida en la Cruz, con serenidad y paz, por todos los hombres. Sería un gran fracaso que los cristianos adoptaran una actitud negativa ante el mundo que han de salvar. A las gentes de las primeras generaciones que siguieron a Cristo se las ve llenas de alegría, a pesar de las frecuentes tribulaciones que hubieron de sufrir. San Lucas, cuando en los *Hechos de los Apóstoles* trata de hacer un resumen de las pequeñas comunidades que iban apareciendo por todas partes, señala que la Iglesia *se consolidaba y caminaba en el temor del Señor y crecía con el consuelo del Espíritu Santo*[20]. Es la paz del Señor, que nunca nos faltará si le seguimos de cerca; es la paz que hemos de dar a todos.

Imitando al Señor, debemos huir de actitudes condenatorias, adustas, con dejes de amargura. Si los cristianos llevamos la alegría al mundo, ¿cómo vamos a presentar la Buena Nueva de modo antipático y triste?, ¿cómo vamos a juzgar a los demás si no tenemos los elementos de juicio necesarios y, sobre todo, si nadie nos ha dado esa misión? Nuestra postura ante todos es siempre de salvación, de paz, de comprensión, de alegría..., incluso con aquellos que en algún momento nos han podido tratar injustamente. «Comprensión, caridad real. Cuando de veras la hayas conseguido, tendrás el corazón grande con todos, sin discriminaciones, y vivirás –también con los que te han maltratado– el consejo de Jesús: "venid a mí todos los que andáis agobiados..., que Yo os aliviaré"»[21]. Cada cristiano es «Cristo que pasa» en medio de los suyos, que los aligera de sus cargas y les muestra el camino de la salvación.

Al terminar nuestra oración le pedimos al Señor, con la liturgia de la Misa, *aquel amor ardiente, que impulsó al apóstol Bernabé a llevar a las naciones la luz del Evangelio*[22]. Nos lo concederá antes si lo pedimos además a través de Nuestra Señora: *Sancta Maria, Regina Apostolorum, ora pro nobis...*, ayúdanos en la tarea

apostólica que queremos llevar a cabo con nuestros parientes, amigos y conocidos.

1 Cfr. *Hech* 4, 36. — **2** Cfr. SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homilías sobre los Hechos de los Apóstoles*, 21. — **3** *Hech* 11, 23 — **4** *Hch* 11, 26. — **5** Cfr. *Hech* 9, 26. — **6** Cfr. *Hech* 13, 14. — **7** *Hech* 15, 38. — **8** *Hech* 15, 40. — **9** Cfr. *1 Cor* 9, 5-6. — **10** Cfr. *Col* 4, 10; *Fil* 24; *2 Tim* 4, 11. — **11** J. PRADO, en *Gran Enciclopedia Rialp*, 5ª ed. Madrid 1989, VOZ BERNABÉ, vol. IV, p. 91. — **12** *Mt* 10, 7-13. — **13** SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Amigos de Dios*, 78. — **14** *Hech* 4, 37. — **15** SAN AGUSTÍN, *Sermón 83*. — **16** SANTA TERESA, *Vida*, 13, 6. — **17** SAN BERNARDO, *Sermón 40 sobre el Cantar de los Cantares.* — **18** SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Forja*, n. 843. — **19** *Salmo responsorial. Sal* 98, 5-6. — **20** *Hech* 9, 31. — **21** SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Forja*, n. 867. — **22** MISAL ROMANO, *Oración sobre las ofrendas* de la Misa del día.

* Natural de Chipre, se cuenta entre los primeros fieles de Jerusalén. Fue quien presentó a los Apóstoles a San Pablo, después de su conversión; le acompañó luego en su primer viaje apostólico. Intervino en el Concilio de Jerusalén y fue una figura de gran importancia en la Iglesia de Antioquía, el primer núcleo cristiano numeroso fuera de Jerusalén. Era pariente de Marcos, en quien ejerció una influencia decisiva. Vuelto a su patria, la evangelizó y murió mártir hacia el año 63. Su nombre figura en la Plegaria Eucarística, I (o Canon Romano).

† Nota: Ediciones Palabra (poseedora de los derechos de autor) sólo nos ha autorizado a difundir la meditación diaria a usuarios concretos para su uso personal, y no desea su distribución por fotocopias u otras formas de distribución.

Padre Francisco Fernández Carvajal